

# Convergencia medial: de las tecnologías a la cultura\*

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

## Abstract

*Ante las incertidumbres que produce lo que al comienzo del siglo XXI constituye sin duda un cambio de época, se abre la discusión acerca de las posibilidades con que cuentan las sociedades latinoamericanas para incorporarse a un mundo globalizado, regido por la tecnología, el conocimiento y la economía de mercado. Después de examinar las desigualdades persistentes y las respuestas que desde diferentes posiciones ideológicas se sugieren para la actual situación de crisis e incertidumbre, el autor sostiene que la paideia, es decir, la educación, es la única posibilidad real de ingresar en la nueva sociedad y de evitar la exclusión y la desintegración.*

## Presentación

Podría estimarse que la convergencia es un resultado de la globalización y no al revés, como suele plantearse con cierta inocencia tecnológica.

Globalización significa, precisamente, creciente interconexión de actividades a escala mundial. De allí que diversos autores hablen de una aceleración de las interdependencias (Ohmae, 1990), o de imprevistos efectos a distancia (Giddens, 1990), o de compresión espacio-temporal (Harvey, 1989), o del funcionamiento de ciertos ámbitos como unidad en tiempo real a escala planetaria (Castells, 1999)

A su turno, sólo en ese contexto -y no por sí misma- la revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, una de las fuentes de las interconexiones globales, representa una fuerza transformadora de casi todos los ámbitos de actividad social: el trabajo y la producción, el hogar y el consumo, el comercio, la entretención, la socialización y transmisión de los saberes, la or-

ganización de las empresas y los estados, la provisión de servicios y la circulación de todo tipo de datos y conocimientos.

Sin embargo, la combinación de ambas fuerzas -globalización y revolución tecnológica- está generando un conjunto de nuevos desequilibrios al nivel internacional y al interior de las sociedades. Ni la globalización ni la revolución tecnológica progresan armónicamente en efecto. Más bien, avanzan de manera desigual y son fuente de tensiones, efectos imprevistos y múltiples trastocamientos al nivel internacional, regional, nacional y local. Siendo una condición impostergable de la actividad humana al comenzar el nuevo milenio son, sin embargo, al mismo tiempo, los ingredientes de una “sociedad de riesgo mundial”, como la llama Ulrich Beck (1998).

El mayor riesgo es la exclusión. Pues “*el nuevo sistema global que se constituye a partir de redes de intercambio y flujos comunicacionales es a la vez extremadamente incluyente y extremadamente excluyente. Incluyente de todo lo que tiene valor según los códigos dominantes en los flujos y excluyente de todo aquello que, según dichos códigos, no tiene valor o deja de tenerlo*”.<sup>1</sup>

Luego, la globalización impone a América latina un reto mayor: integrarse a una economía global basada en el conocimiento y a la sociedad de

---

\* Ponencia inaugural presentada en el VI Congreso Iberoamericano de Ciencias de la Comunicación. IBERCOM 2000. *Convergencias mediáticas: los desafíos de la diversidad global*. Santiago, Chile, abril de 2000. Este documento aparecerá en las Memorias del Congreso.

<sup>1</sup>Castells, Manuel. *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*. PNUD. Santiago, 1999. p. 3.

la información. ¿Estamos preparados? ¿O cuáles son nuestros rezagos? ¿Y, en verdad, qué significa hacerse parte de este nuevo tipo de civilización?

Por su lado, la magnitud del desafío y la velocidad de los cambios alrededor nuestro generan un creciente malestar ante el futuro. A medida que se acerca el milenio sentimos que “el piso se está empezando a cimir para todos”. Y que esta aventura, cualquiera sea nuestra participación en ella, “se representa en un teatro que nos es extraño, en un escenario que apenas podemos reconocer, y en el curso de cambios escenográficos impredecibles, inesperados, que no comprendemos cabalmente”.<sup>2</sup> ¿Será de allí que proviene ese sentimiento de pérdida de identidad y proyección históricas que a veces se percibe en la región? ¿Y no nodría estar ahí la causa de ese agitado debate que envuelve a casi todos los asuntos tocantes a la globalización, la modernidad tardía, las nuevas brechas de conocimiento y de capacidad entre las naciones o las formas de representarnos el futuro de nuestras sociedades?. A todo esto se refiere mi presentación, mezcla de sociología y reflexión personal; de balance e indagación.

### Cambios y frustraciones

Por de pronto, resulta oportuno recordar que ya antes la región debió enfrentar desafíos similares. En diversos momentos ha tenido que definir, y luego redefinir, su relación con el mundo; su incorporación a, o exclusión de, los procesos históricos más avanzados de la época. Así fue desde el comienzo; así vuelve a ocurrir hoy. Como ha dicho un intelectual mexicano, “hace casi 500 años América tuvo que aprender modos de vida radicalmente distintos, traídos de un ‘viejo mundo’ que apenas comenzaba a innovarse a sí mis-

mo. Hoy no debe ser imposible fomentar los espacios imaginarios, buscar ideas originales, reconstruirlas con aquel enorme acervo del pasado, junto al legado completo de la modernidad. [...] A fin de cuentas, tal vez sea ésta nuestra única forma sensata y sincera de acceder al mundo del próximo siglo y responder sin rezagarnos a la exigencia de la globalización”.<sup>3</sup>

Para no ir más atrás en el tiempo, basta recordar que entre la posguerra (1945) y el inicio de los años ochenta, América Latina cambió dramáticamente. El producto per cápita aumentó en casi 3% anual; la urbanización avanzó fuertemente; el sector manufacturero pasó al centro del desarrollo; el Estado expandió sus

funciones; la clase media se volvió más numerosa y variada; el analfabetismo se redujo y los indicadores de salud mejoraron ostensiblemente a pesar del incremento de la población; las oportunidades educacionales se multiplicaron y, por primera vez, emergió un amplio estrato de profesionales y técnicos asociado al esfuerzo modernizador del sector público.

Sin embargo, hacia fines de los años setentas se volvieron evidentes los signos de agotamiento del modelo de industrialización “hacia adentro”. Los efectos netos se sintieron con fuerza durante la siguiente década, la “década perdida”. Todavía durante la primera mitad de los años noventas

<sup>2</sup> Hobsbawm, Eric J. *Crisis de la ideología, la cultura y la civilización*. En Universidad Autónoma de México y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. *Coloquio de Invierno: Los grandes cambios de nuestro tiempo*. Volumen I. Fondo de Cultura Económica. México, 1992. p. 53.

<sup>3</sup> Flores Olea, Víctor. *Cultura, tradición y modernidad*. En Universidad Autónoma de México y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. *Coloquio de Invierno: Los grandes cambios de nuestro tiempo*. Volumen II. Fondo de Cultura Económica. México, 1992. p.86.

América Latina vivía bajo el impacto de esos efectos: el porcentaje de hogares bajo la línea de pobreza se incrementó de 35% a 39 % entre 1980 y 1994 y el de hogares bajo la línea de indigencia de 9% a 12%. Entre la mitad y dos tercios de los jóvenes urbanos veían restringidas sus oportunidades futuras ya en su hogar de origen al no alcanzar el umbral educativo básico para acceder al bienestar. Una de cada cuatro personas no estaba en condiciones de acceder al agua potable; una de cada tres al saneamiento. Entre tanto, la desigualdad de ingresos se mantenía como una de las peores del mundo: el 20% más pobre apenas percibe el 4,5% del ingreso nacional mientras el 20% superior recibe un 55%. Mucho mejor que con números, el siguiente pasaje de Mario Vargas Llosa refleja el costo humano de la década perdida. Dice por ahí: *“Un departamento que conocía bien, antes, era el de Piura. Ahora, no podía creer lo que veía. Esos pueblos [...] parecían haber muerto en vida, languidecer en un marasmo sin esperanza. [...] Habían crecido mucho -se habían triplicado, a veces-, estaban atestados de niños y de desocupados y un aire de ruina y de vejez parecían consumirlos. En las reuniones con los vecinos, oía repetirse el estribillo: ‘Nos morimos de hambre. No hay trabajo’”*.<sup>4</sup>

En suma, igual como ya había ocurrido antes en la región, a un movimiento ascendente y esperanzador sucedía un período de baja y desesperación; como si un grado importante de frustración acompañara cual sombra al desarrollo latinoamericano.

¿Estaremos condenados a repetir, una vez más, el mismo ciclo de aliento y desengaño?

## Democracia y mercados

Al cambiar el siglo, dos hechos nuevos -signos de esperanza- resaltaban sobre el paisaje de la región. Primero, la implantación formal de sistemas democráticos que ponen fin (aparentemente al menos) al ciclo de caudillos, regímenes autoritarios, guerras internas y ensayos revolucionarios que alimentaron la inestabilidad política del continente desde el comienzo de la guerra fría. Segundo, la gradual adopción de economías abiertas que aparecen como condición para un nuevo impulso al desarrollo y modernización del continente.

Pero tras las apariencias sabemos que todavía hay sociedades donde la violencia es una constante y hay regímenes que marchan al borde del abismo autoritario. Enseguida, la democracia no se ha asentado sino débilmente en la conciencia y la cultura de la región y su institucionalidad es aún precaria. Todavía un tercio o más de la población no estima que la democracia sea preferible a cualquiera otra forma de gobierno. La confianza en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial es baja. Menos de la mitad de los ciudadanos encuentra indispensables a los partidos políticos en su país.<sup>5</sup> Estamos por tanto frente a una cultura política del retraimiento y la desconfianza. De hecho, América del Sur y del Centro muestran las más bajas tasas de participación electoral entre todas las regiones del mundo, tanto en las elecciones parlamentarias como presidenciales.<sup>6</sup> Esto ha llevado a algunos a hablar de un extendido “cinismo político”, que se combinaría con una baja apreciación del rol desempeñado por los políticos. Como señalara Octavio Paz en una metáfora que bien puede generalizarse al resto del continente: *“el pueblo mexicano, después de más de dos siglos de experimentos y fracasos no cree ya sino en la Virgen de Guadalupe y en la Lotería Nacional”*.<sup>7</sup> Efectivamente, la Iglesia es la institución que por lejos despierta en la actualidad mayor confianza en la población, muy por encima de los tres Poderes del Estado.<sup>8</sup> Estos, a su vez, representan la contra-cara de esa democracia culturalmente débil, su precaria estructura, gobiernos sobrecargados de funciones pero que no logran siquiera garantizar los bienes públicos esenciales como seguridad, salud y educación; un proceso legislativo lento y engorroso y sistemas judiciales que se hallan en crónica crisis, sin poder frenar el crimen y la delincuencia, al punto que el costo de la violencia urbana pasó del 0,8% del PIB a comienzos de los años ochentas a 1,6% a mediados de los noventa.

<sup>4</sup> Vargas Llosa, Mario. *El Pez en el Agua*. Seix Barral. Barcelona, 1993. pp. 213-14.

<sup>5</sup> Corporación de Estudios de Opinión Pública Latinoamericana. *Latinbarómetro 1997*.

<sup>6</sup> IDEA. *Voier Turnout from 1945 to 1997: a Global Report on Political Participation*. Stockholm, 1997.

<sup>7</sup> Paz, Octavio. *El Ogro Filantrópico*. Joaquín Mortiz. México, 1979, p. 40.

<sup>8</sup> Lagos, Marta. *La imagen de la Iglesia: evolución del último cuarto de siglo*. (mimeo, no publicado). 1998.

Por su lado, si bien es cierto que América Latina ha adoptado ‘un modelo de desarrollo’<sup>9</sup> que ha llevado a decir que “*sin excepción todos los países de la región muestran índices de eficiencia de las políticas mejores en 1995 que diez años atrás*”<sup>10</sup> -a pesar de eso, sin embargo, la región permanece atrapada. El crecimiento promedio durante los noventa fue apenas superior al 3%; sólo tres de 19 países alcanzaron una tasa promedio de un 5% considerado como mínimo para un crecimiento sostenido. El desempleo aumentó aceleradamente con la recesión. El número de pobres permanece en torno a 150 millones de personas. El nivel promedio de escolaridad de la fuerza de trabajo continúa siendo bajo: sólo 5 años en promedio y, durante los noventa, sólo aumentó en 1% anual, muy por debajo de la tasa de un 3% anual observada durante más de tres décadas en Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong.

## Cambio de época

Para complicar aún más las cosas, el comienzo del siglo coincide esta vez, además, con un cambio de época. Más allá de disputas nominales, todos coinciden, en efecto, en que avanzamos hacia un nuevo tipo de organización social -del trabajo, los intercambios, la experiencia y las formas de vida y poder- sustentada por una economía global cuya base es la utilización del conocimiento.

Diversos autores caracterizan de diferentes maneras a esa sociedad emergente, pero de común le atribuyen un conjunto de características similares (i) que está en proceso de formación; (ii) que gradualmente adquiere una estructura de redes; (iii) que se basa en la generalización y convergencia de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación; (iv) que está dando lugar a economías que usan intensamente el conocimiento; (v) que para funcionar con eficacia social deberá adoptar la forma de una “sociedad de aprendizaje”; (vi) que va acompañada por intensas innovaciones organizativas, comerciales, sociales y jurídicas; (vii) que dará lugar a diversos modelos de desarrollo; (viii) que el principal elemento diferenciador será el grado en que integran o excluyen a personas, grupos y naciones; (ix) y que estará caracterizada por una mayor demanda de flexibilidad en todo los planos incluyendo las oportunidades de formación, los mercados labo-

rales y las relaciones sociales (ISPO, 1998; Castells, 1997; Neuman et al., 1997; Neuman, 1993; Carnoy et al, 1993)

Un punto focal para entender el orden global emergente es la explosión que ha estado ocurriendo en el manejo de la información, impulsada en parte por la constante caída en los costos que trae consigo la revolución electrónica de las comunicaciones. En efecto, el costo real de almacenar, procesar y transmitir una unidad de información ha venido cayendo a una tasa de 20% anual durante los últimos cuarenta años. Compárese esto con la declinación en los costos de energía que alimentó a la revolución industrial: sólo un 50% durante un período de tres décadas.<sup>11</sup>

Otra forma de apreciar el cambio es reparar en el hecho de que hace 25 años un semiconductor de un mega byte de memoria costaba 550 mil dólares mientras hoy cuesta alrededor de cuatro. En 1997 los microprocesadores eran 100 mil veces más rápidos que sus antecesores de 1950. De seguir esta tendencia alguien ha estimado que hacia el año 2020 una sola computadora sería tan poderosa como todas las actualmente existentes en Silicon Valley.<sup>12</sup>

En definitiva, estamos ante una transformación que -más allá del uso de dispositivos tecnológicos avanzados- se debe a un radical cambio del contexto cultural en que vivimos.<sup>13</sup>

---

<sup>9</sup>Basado en la apertura comercial y cambiaria; en reformas tributarias que buscan la neutralidad, la simplificación legal y administrativa y el aumento de las recaudaciones; en la liberación financiera y las privatizaciones que han servido para estimular la inversión extranjera y en reformas de los sistemas de pensiones cuyo elemento común ha sido la creación de fondos privados basados en un principio de capitalización individual.

<sup>10</sup>Lora, Eduardo. *Una década de reformas estructurales en América Latina: qué se ha reformado y cómo medirlo*. En Revista **Pensamiento Iberoamericano**. América Latina después de las Reformas. Volumen Extraordinario, 1998. p. 47.

<sup>11</sup>World Bank Policy Research Bulletin. Volume 3, Number 2, March-April 1992.

<sup>12</sup>Riel **Miller**, Wolfgang **Michalski** and Berrie **Stevens**. *The promises and perils of 21st century technologies: an overview of the issues*. En OECD. *21st Century Technologies*. OECD. Paris, 1998. p.9.

<sup>13</sup>Las fuentes para los datos entregados en esta sección se encuentran en José Joaquín **Brunner**. *La educación: preguntas desde el siglo XXI*, papel a ser presentado al Seminario sobre *Balance y Perspectivas de la Reforma Educacional* a celebrarse en Santiago de Chile, mayo de 1999.



En primer lugar, el conocimiento y la información han dejado de ser escasos y estables. Por el contrario están en permanente proceso de expansión y renovación.

Se estima que la riqueza global de conocimiento acumulado se duplica actualmente cada cinco años. La Universidad de Harvard demoró 275 años en completar su primer millón de volúmenes; reunió el último en sólo cinco años. Las revistas científicas pasaron de 10 mil en 1900 a más de 100 mil en la actualidad. En el caso de las matemáticas, un analista señala que se publican anualmente 200.000 nuevos teoremas. Y las publicaciones de historia de sólo dos décadas - entre 1960 y 1980- son más numerosas que toda la producción historiográfica anterior, desde el siglo IV a.C.

También la especialización es cada vez más pronunciada y pulveriza el conocimiento hasta el infinito. Un estudio dado a conocer a comienzos de los años noventa identifica 37 mil áreas activas de investigación científica; todas ellas en plena ebullición. Sólo en la disciplina de las matemáticas existen más de 1000 revistas especializadas, las cuales califican la producción de la disciplina en 62 tópicos principales divididos a su vez en 4.500 sub-tópicos.

En segundo lugar, los canales de información y comunicación se multiplican. De un lado, los medios tradicionales se han vuelto más potentes. Así, por ejemplo se estima que a comienzos de la presente década se publicaban anualmente en el mundo cerca de 900 mil títulos de libros; un 80% más que sólo veinte años antes. De otro lado, se agre-

ga ahora la información electrónicamente transmitida. Ya en 1980 un ciudadano promedio de una sociedad in-

dustrializada estaba expuesto a cuatro veces más palabras/día que en 1960; durante ese tiempo, la información electrónica creció a una tasa anual compuesta de más de un 8%, aumentando al doble cada diez años. Luego, si ayer el problema era la escasez de información, o la lentitud de su transmisión, ahora sería lo que algunos llaman la "saturación informativa". Según ha dicho el Director del Laboratorio de Medios del MIT *"el lento manejo humano de la mayor parte de la información en forma de libros, revistas, periódicos, y videocasetes, está por convertirse en la transferencia instantánea y a bajo costo de datos electrónicos que se mueven a la velocidad de la luz"*.

## América Latina frente al cambio de época

Miradas las cosas bajo este ángulo, el desafío que enfrenta América Latina reside en generar las capacidades e instituciones necesarias para la sociedad de la información, esforzarse por hacerlo en el menor tiempo posible y usar esas capacidades e instituciones para promover el crecimiento y la cohesión social.

Y qué duda cabe: América Latina se encuentra rezagada en el desarrollo de esas vitales capacidades. Para constatarlo basta con considerar que

el peso de la región en el mundo -medido por su población- disminuye a medida que aumentan las exigencias de conocimiento o inversiones envueltas en diversas actividades estratégicas. Así, mientras nuestra región representa un 8,5% de la población mundial en cambio producimos alrededor del 6% del PIB mundial —sólo un poco más que Francia y menos que Alemania— ; gastamos un 5,5% del total mundial en educación; participamos con menos de un 5% de las exportaciones globales; tenemos menos del 4% de los ingenieros y científicos trabajando en labores de I & D; nuestra participación en el mercado global de tecnologías de la información es de sólo un 2%, nuestros autores científicos contribuyen con menos del 2% de las publicaciones registradas al nivel mundial, tenemos sólo un 1% de los *hosts* de Internet y las patentes industriales registradas por latinoamericanos en los Estados Unidos apenas llegan al 0,2%. Luego, mientras mayores son las exigencias de conocimiento envueltas, menor es nuestra gravitación en el mundo emergente.<sup>14</sup>

Similares deficiencias comparativas pueden observarse en otras dimensiones claves de la infraestructura de información. En relación con la población, circula en América Latina sólo un tercio de los diarios comparado con los países desarrollados; hay la tercera parte de receptores de radio y televisión; los subscriptores de cable y los usuarios de telefonía móvil están en proporción de 1 a 9, los de computadoras personales de 1 a 10 y el número de personas conectadas a la Red se halla en relación de 1 a 58.

## Modernidad cuestionada

Como reacción frente a todos estos cambios -en la esfera de la producción y de las comunicaciones, del conocimiento y la globalización- pareciera instalarse en muchos puntos de nuestra cultura un difundido sentimiento de malestar con la modernidad contemporánea.

¿En qué consiste, en último término, la modernidad y de dónde arranca ese malestar?

Como ha dicho Ortega y Gasset, en contraste con la antigüedad el término modernidad va referido siempre a un explosivo incremento de las posibilidades en todas las esferas de la vida. Él ilustra esa apertura con una cita de Tito Livio sobre el año 212, donde en plena segunda guerra púnica,

según el historiador romano, “*invadió la ciudad una muchedumbre de formas de religión, principalmente extranjeras de suerte que parecía como si de repente o los hombres o los dioses se hubiesen vuelto otros*”.<sup>15</sup> Con la globalización esa confusión de hombres y dioses se acentúa de manera radical, pues se produce una incontenible y continua multiplicación de las opciones.

La convergencia de los medios técnicos resulta así, a la postre, en una globalización de las posibilidades, las que a su vez se hallan sujetas a la regla de la desigualdad. Por el momento entonces, la sociedad global de redes es excluyente más que incuyente; concentradora del poder, los recursos y las capacidades más que descentralizada.

En ningún otro sector esto es más evidente que en la educación. Efectivamente, en los países del sur del mundo hay todavía cerca de 900 millones de personas analfabetas de 15 años o más. Uno de cada siete niños en edad escolar no asiste a una escuela. Entre tanto, los países industrializados -que reúnen al 25% de los alumnos a nivel global- gastan 6 veces más en formación de capital humano que los países en desarrollo, donde se encuentra el 75% de los alumnos del mundo. Esto sin considerar que -por conceptos de deserción y repitencia- los países en desarrollo desperdician alrededor de un 16% de los recursos públicos destinados a educación (UNESCO, 1998).

El riesgo entonces es que la desigual difusión de las nuevas tecnologías ensanche en vez de acortar la brecha educacional y de conocimiento entre países y, dentro de éstos, entre grupos integrados y excluidos de la sociedad de la información (Wresch, 1996). Por ahora un quinto de la población mundial que habita en los países de menor desarrollo posee solo un 1,5% de las líneas telefónicas existentes al nivel global, mientras el 20% que habita en los países más desarrollados tiene

<sup>14</sup> Para las cifras anteriores y las que siguen, ver José Joaquín **Brunner**. *América Latina al Encuentro del Siglo XXI*. Banco Inter Americano de Desarrollo, 1999. Papel presentado al Seminario *América Latina y el Caribe frente al Nuevo Milenio*. París, 1999.

<sup>15</sup> **Tito Livio**. XXV, 1. Citado en José Ortega y Gasset. *Una Interpretación de la Historia Universal*. Alianza Editorial. Madrid, 1989. p. 181.

mientras mayores son las exigencias de conocimiento envueltas, menor es nuestra gravitación en el mundo emergente.

un 74% de esas líneas. En los países de ingreso bajo hay en promedio 2.2 computadoras personales por cada 1000 personas, 15,8 en los países de ingresos medianos y 264,4 en los países de ingresos altos. Los *hosts* de Internet se distribuyen más desigualmente aún: 0.1, 4.0 y 374.9 respectivamente.<sup>16</sup> Un 88% de los usuarios de Internet se encuentra en los países avanzados; en América Latina y el Caribe, por el contrario, sólo un 0,2% de la población accede a la Red. Las diferencias al interior de los países son de magnitud similar. De hecho, *“dentro de cada región del mundo sólo el vértice más alto de cada sociedad ha ingresado al loop global [...] ¿[Y] qué separa a esa gente del resto? Que en el presente el acceso a Internet sigue la misma línea que divide a las naciones entre educados e iletrados, hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y adultos, urbanos y rurales”*.<sup>17</sup>

De ese desencuentro entre posibilidades y acceso proviene parte del malestar con la modernidad contemporánea.

De otro lado, la mera multiplicación -por desigual que sea- de las posibilidades, unida al cambio constante y la inestabilidad de los patrones que rigen la vida cotidiana, crea también un estado de incertidumbre. Porque frente a ese horizonte siempre en expansión, se dice correctamente, los hombres y mujeres *“se ven desafiados a elegir; pueden elegir, tienen que elegir; deben acreditarse ante sí y ante otros en lo que han elegido, son competentes y responsables en cómo se han elegido”*.<sup>18</sup>

Los *hosts* de Internet se distribuyen más desigualmente aún: 0.1, 4.0 y 374.9 respectivamente.

## ¿Neo-liberales y neo-conservadores solamente?

¿Hacia dónde entonces inclinar la balanza? ¿Del lado de las opciones, del individuo, de las libertades, la flexibilidad y las auto-regulaciones -radicalizando con ello la aventura y la inseguridad como postulan algunos? ¿O, más bien deberíamos ir hacia el lado del orden y estabilidad reafirmando las pautas establecidas y conservando las convenciones tradicionales para así reducir la incertidumbre y el miedo frente al vacío, como proponen otros?

La respuesta libertaria, por llamarla de alguna forma, cobra efectivamente un precio en previsibilidad y orden. Sería absurdo negarlo. Además, plantea una cuestión radical: la cuestión de dónde poner los límites. Pues podría ser, como sugiere el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf, que exista *“un umbral más allá del cual el coste de la modernidad comienza a exceder sus beneficios”*.<sup>19</sup> Esos costes son bien conocidos: sustitución de la comunidad orgánica por los contratos; aumento de los grados de indeterminación de la acción social; erosión de las restricciones normativas y las tradiciones; pérdida de fijeza de todas las posiciones sociales en favor de una creciente movilidad de las personas, las cosas y las ideas; secularización y pluralismo de los valores; privatización de los deseos y las satisfacciones; retraining de las responsabilidades públicas, etc.

Podría ser, entonces, que más allá de ese cierto umbral, las fuerzas liberadoras desatadas por los modernos amenacen las regulaciones sociales que hacen posible tener raíces y mantener una identidad en medio del movimiento. De ser concebido como un proyecto de emancipación, la modernidad pasaría entonces a ser “una fuerza de incerti-

<sup>16</sup> **The World Bank.** *The World Development Report 1998/1999. Knowledge for Development.* Washington D.C. 1999. p. 312.

<sup>17</sup> **UNDP.** *Human Development Report 1999. Globalization with a Human Face.* 1999. p. 62.

<sup>18</sup> H. **Thiersch.** Cit. en Hans **Küng.** *El Cristianismo. Esencia e Historia.* Editorial Trotta. Madrid, 1997. p. 766.

<sup>19</sup> Esta y las siguientes citas, hasta la próxima con indicación de fuente, pertenecen a Ralf **Dahrendorf.** *Ley y Orden.* Editorial Civitas S.A. Madrid, 1994.

dumbre y anomia”, bajo cuya presión empezarían a disolverse esas ligaduras que anclan a las personas a ciertas unidades básicas “a las que los individuos pertenecen, más que por elección, en virtud de fuerzas fuera de su alcance”.

Precisamente en este punto anuda el desasosiego contemporáneo respecto al destino de la familia, la comunidad, la moral colectiva, las virtudes, las identidades sexuales, la religión, los valores últimos y la naturaleza humana. En efecto, se extiende la sospecha de que la revolución de las opciones podría terminar invadiendo relaciones que antes parecían inmunes a la elección individual, de modo tal que una creciente movilidad rompería los vínculos locales y sociales, las vocaciones se transformarían en ocupaciones, el matrimonio se vería debilitado por un divorcio más fácil, las relaciones familiares tenderían a contractualizarse y a tornarse temporales. *“Al final, incluso las distinciones biológicas de edad y sexo han sido puestas, por así decir, a subasta...”*, reclama con pasión Dahrendorf, un liberal prominente, por lo demás,

Efectivamente, las sociedades modernas, contractualistas, atomizadas, sin un fondo común de creencias, encuentran dificultad para regular normativamente el comportamiento de la gente. En vez de integración moral y un orden aceptado de sanciones, tiende a imperar entonces una ambigüedad normativa. A poco andar, el hombre se transforma en un lobo para el hombre.

El pensamiento conservador suele achacar estos males a la modernidad y a sus ideales de emancipación, cuando no a las tecnologías de comunicación y a la televisión en particular, como hace una conocida personalidad de los EEUU cuando sostiene que dicho medio *“se ha convertido en un instrumento para la diseminación de valores corruptivos, desmoralizadores y destructivos, habiendo reemplazado las agencias tradicionales de socialización y transmisión de valores”*.<sup>20</sup>

Tal diagnóstico de época es, sin embargo, discutible. Por de pronto, no es efectivo que unos medios hayan sustituido a otros. Lo que sucede es que ahora todos convergen y coexisten en un espacio multi-dimensional, creando la sensación de que nada es fijo y que todo depende del punto de vista del observador. Se produce así una suerte de “subjektivación” de la conciencia -otros hablan de “relativismo”- donde la gente se ve forzada a preguntarse a veces, incluso, qué es real y, en cual-

quier caso, qué es verdadero. Algo así como una película de información envuelve y se sobrepone como una pantalla sobre las cosas, llevando por momentos a dudar sobre la realidad. Sin duda, vivimos en un mundo que, de cierta forma, es cada vez más artificial. Pero, ¿podría evitarse esto abandonando los ideales modernos -de autonomía e ilustración, de tecnologías e hipercomunicación- para así volver a una época de certidumbres y seguridades, más simple y “natural” que la nuestra? ¿Y dónde se encontraría ese piso firme y sólido, ese cimiento verdadero y seguro? Los ejemplos de ese tipo de búsqueda a lo largo del siglo XX son, a no dudar, peores aún que los aspectos más sombríos de la modernidad: racismo y fascismo, nacionalismos extremos y limpieza étnica, comunismo y Gulag, fundamentalismos de varias clases, teoría del super-hombre y mitos heroicos que terminan en los campos de batalla.

Digámoslo derechamente: no son los medios tecnológicos ni los ideales que mueven a la modernidad los causantes del desasosiego contemporáneo, sino la fuerza avasalladora del capitalismo global.

¿Acaso los grandes pensadores sociales no lo habían anticipado ya desde el siglo pasado, casi sin excepción, al proclamar que el mercado necesariamente actuaba como una energía disolvente de las tradiciones y las comunidades y contribuiría a “desencantar” el mundo y sus soportes religiosos, éticos y familiares? Nadie imaginó, ahora queda claro, hasta dónde alcanzaría esa energía transformadora al momento de entrar en contacto y proyectarse a través de las tecnologías de información y los medios de comunicación.

Allí reside pues una de las tensiones básicas de nuestro tiempo. No podemos avanzar sin el mercado -ahora global en sus alcances- ni podemos evitar que éste destruya creativamente todo lo que encuentra a su paso.

Permítanme aquí hilvanar una última consideración, para agregar a este cuadro no muy ordenado de reflexiones personales.

---

<sup>20</sup> Brzezinski, Zbigniew. *Las débiles murallas del indulgente Occidente*. En Nathan P. Gardels (Ed.). *Fin de Siglo. Grandes Pensadores Hacen Reflexiones sobre Nuestro Tiempo*. McGraw Hill. México, 1996. p. 54.

## Paideia como convergencia

Todos aquí seguramente recuerdan a Daniel Bell (1976), quien hace ya más de dos décadas publicó su clásico análisis sobre “las contradicciones culturales del capitalismo”. Sostenía allí, en esencia, que el capitalismo industrial y la sociedad del consumo de masas llevaban a una insoluble contradicción entre la estructura tecno-económica, regida por la eficiencia y la racionalidad funcional, y la superestructura cultural que, según decía él, se había vuelto “pródiga, promiscua, dominada por un humor anti-racional”, socavando así los valores y normas de auto-disciplina, puritanismo y ahorro que estaban en la base de la ética protestante a la que se debió, en primer lugar, el propio desarrollo capitalista. Según decía en una famosa frase: estábamos pasando “de la ética protestante al bazar psicodélico” y, con eso, empezaban a destruirse las bases morales, la legitimidad tradicional y el sistema motivacional que permitía al capitalismo funcionar sanamente. El capital social, en suma, estaba siendo consumido más rápido de lo que era reemplazado.

La principal consecuencia que se sigue de allí sería un generalizado debilitamiento de las solidaridades morales o ligaduras básicas que mantienen unida a la sociedad, tal como ellas se expresan en las relaciones familiares, la religión, los núcleos de amor y amistad, el grupo de edad o la clase social. En todos esos ámbitos, piensan los escépticos, la modernidad capitalista estaría provocando el paradójico e imprevisto efecto de corroer su propio sostén. Para decirlo de nuevo con palabras de Dahrendorf, “*es claro que un mundo con ligaduras gravemente debilitadas es un mundo desconcertante y desorientador. La solidaridad, la autoridad, la fe y un sentido de la historia no son fácilmente sustituidos. Si la contracción de la estructura normativa de la sociedad va de la mano de la destrucción de los*

El riesgo entonces es que la desigual  
difusión de las nuevas tecnologías  
ensanche en vez de acortar la brecha  
educacional y de conocimiento  
entre países y, dentro de éstos,  
entre grupos integrados y excluidos  
de la sociedad de la información

vínculos culturales, no sólo nos acercamos peligrosamente a la Anomía, sino a la imagen más brutal del estado de naturaleza.”<sup>21</sup> Así pues, habríamos entrado en “*un estado de extrema incertidumbre, en el cual nadie sabe qué comportamiento esperar de los demás en cada situación. Íbamos a la búsqueda de Rousseau y nos hemos encontrado con Hobbes*”.<sup>22</sup>

Los síntomas a través de los cuales se expresaría esa enfermedad son bien conocidos: violencia urbana, robo y crimen (incluso en las escuelas), crisis de la familia, retraimiento de las confianzas interpersonales, fragilidad de los lazos matrimoniales, déficit de socialización, inseguridad básica, proliferación de los malestares psíquicos y así por delante.

En el extremo opuesto de los escépticos están quienes, como Fukuyama en su último libro, sostienen que las sociedades post-industriales modernas, junto con corroer las bases de la moral comunitaria, al mismo tiempo generan una constante corriente de nuevo capital social, la cual estaría en condiciones de satisfacer, en el largo plazo, la demanda social por este bien. Y agrega “*Podemos razonablemente confiar en esto puesto que sabemos que los agentes privados, persiguiendo sus propios intereses egoístas, terminarán produciendo el capital social y las virtudes asociadas a él, tales como honestidad, confiabilidad y reciprocidad. Dios, la religión y las tradiciones ancestrales ayudan en ese proceso pero no son imprescindibles. Montesquieu y Adam Smith estaban en lo correcto al argumentar que el comercio favorece el desarrollo de la moral; Burke, Daniel Bell y John Gay están equivocados al sostener que el capitalismo inevitable-*

<sup>21</sup> Dahrendorf, Ralf. *Ley y orden*. Ed. Civitas. Madrid, 1994. p. 65.

<sup>22</sup> *Ibidem*. p.p. 41 y 16.

mente socava sus bases morales o, más en general, que la Ilustración es auto-destructiva”.<sup>23</sup>

Pienso que la globalización -que confunde a hombres y dioses con sus convergencias tecnológicas y divergencias sociales y culturales- nos pone necesariamente ante este tipo de dilema político e intelectual.

Por mi parte, no creo ni en el escepticismo a la Bell, que por esas paradojas de la historia de las ideas se ha instalado incluso en los medios progresistas, ni tampoco me parece fácil de adoptar el optimismo a la Fukuyama.

¿Qué queda, entonces, sino reiterar que entre la desintegración moral y el horizonte de la convergencia técnica subsiste la imperiosa necesidad de la Padeia?

En lo más profundo, en efecto, la educación tiene que ver con “hacer sentido” del mundo en que uno vive y aprender a interactuar con él y a resolver los problemas que plantea. En las circunstancias actuales, caracterizadas precisamente por

la dificultad de satisfacer esa necesidad humana esencial -ya sea debido a la intensidad del cambio, o la erosión de las tradiciones y rutinas, o la inestabilidad del conocimiento, o la complejidad de los fenómenos sociales, o el predominio de los sistemas expertos, o la difundida percepción de riesgo que trae consigo la modernidad contemporánea- corresponde a los procesos de socialización y formación producir esa otra convergencia, superior y más difícil, entre medios técnicos y fines sociales y culturales; entre la anomia y el hacer sentido.

De esa convergencia superior depende, al final, que pueda existir cohesión social junto al más amplio pluralismo cultural.

---

<sup>23</sup> Fukuyama, Francis. *The Great Disruption*. The Free Press. New York, 1999. p. 225.



## Bibliografía

**Beck, U.** (1998) *¿Qué es la Globalización?*. Barcelona. Paidós.

**Bell, D.** (1976). *The Cultural contradictions of capitalism*. New York Basi Books.

**Bok, D.** (1990). *Higher Learning*. Cambridge: Harvard University Press

**Carnoy, M., Castells, M., Cohen, S., Cardoso, F. H.** (1993) *The New Global Economy in the Information Age. Reflections on our Changing World*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University

**Castells, M.** (1999). *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*. Santiago. PNUD.

**Castells, Manuel** (1998). *¿Hacia un Estado de Red? Globalización económica e instituciones políticas en la era de la información*. Sao Paulo. Ponencia presentada al Seminario Sociedad y Reforma del Estado.

**Castells, M.** (1997). *The Information Age: Economy. Society and Culture* (Vols. 1-3), Oxford. Blackwell.

**Castells, M.** (1997a). *The Power of Identity. The Information Age: Economy, Society and Culture* (Vol. II). Oxford. Blackwell.

**Dahrendorf, Ralf.** (1994). *Ley Order*. Madrid. Ediciones Civitas

**Fukuyama, Francis.** (1999). *The Great Disruption*. New York. The Free Press.

**Giddens, Anthony.** (1990). *The Consequences of Modernity*. Stanford, California. Stanford University Press.

**Harvey, D.** (1989). *The Condition of Postmodernity*. Oxford. Blackwell.

**Held, D., McGrew, A., Goldblatt, D. and Perraton, J.** (1999). *Global Transformations*. Stanford, California. Stanford University Press.

**Negroponte, N.** (1995). *Ser Digital*. Buenos Aires. Editorial Atlántida.

**Neuman, R** (1993). *The Future of the Mass Audience*. Cambridge. Cambridge University Press.

**Neuman, T., McKnight, L. Solomon, R.J.** (1997). *The Gordian Knot. Political Gridlock on the Information Highway*. Cambridge, Massachusetts. The MIT Press.

**Ohmae, K.** (1990). *The Borderless World*. London. Collins.

**The World Bank.** (1999). *World Development Report 1998/99. Knowledge for Development*, Washington D.C. The World Bank.

**UNDP** (1999). United Nations Development Program. *Human Development Report 1999. Globalization with a Human Face*.

**UNESCO** (1998). *Wasted Opportunities. When Schools Fail*. Paris. UNESCO.

**Wresch, W.** (1996). *Disconnected: Haves and Have-nots in the Information Age*. New Brunswick. Rutgers University Press.